Traspunte

ROBERTO BRACCO



EL PERFECTO AMOR

COMEDIA EN TRES ACTOS

ADAPTACIÓN ESPAÑOLA DE

FEDERICO REPARAZ

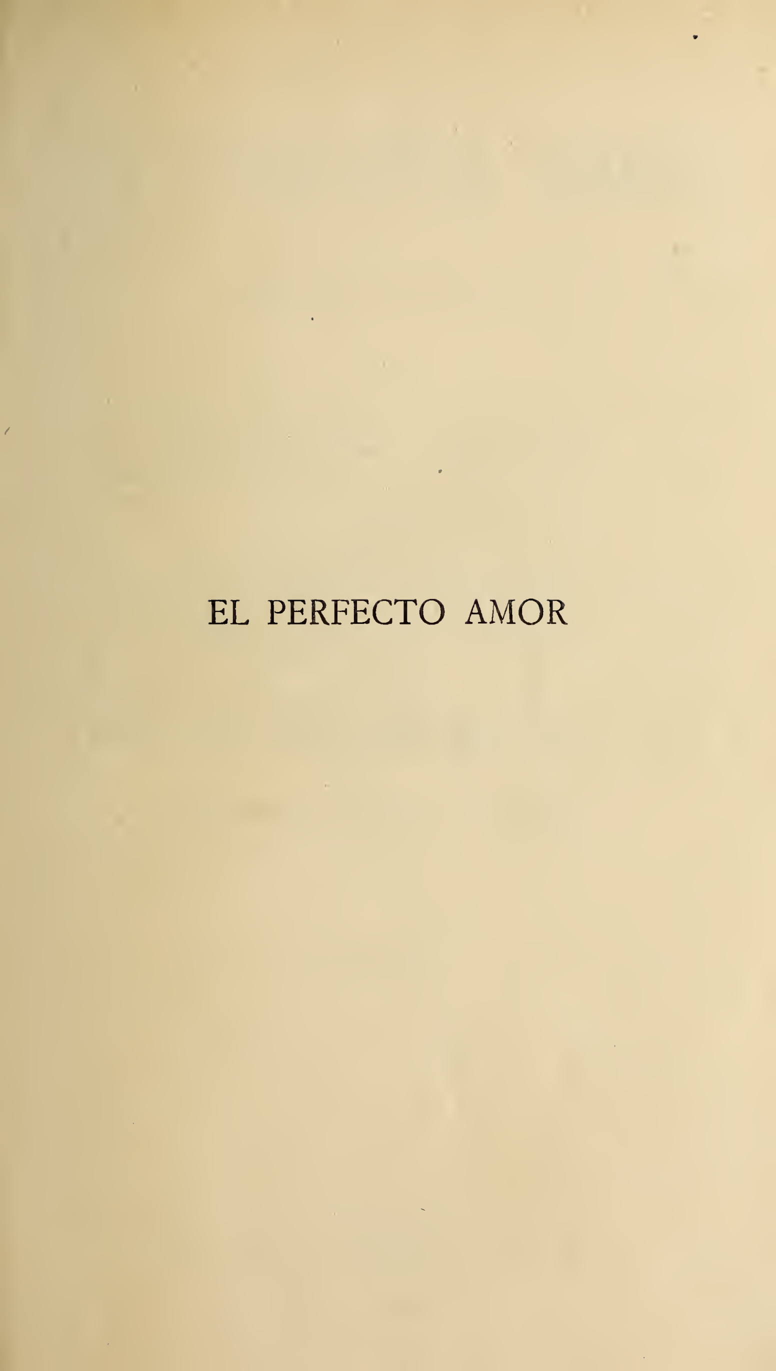
399

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1913

2

2



EL PERFECTO AMOR

EL PERFECTO AMOR

COMEDIA EN TRES ACTOS

DE

ROBERTO BRACCO

ADAPTACIÓN ESPAÑOLA DE

FEDERICO REPARAZ

Estrenada en el TEATRO ODEÓN, de Buenos Aires, el 18 de Junio de 1913

MADRID
R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.º
Teléfono número 551
1913

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ELENA	Margarita Xirgu.
FERNANDO	Emilio Thuillier.
UNA POSADERA	J. Segura.
UN CHAUFFEUR	J. Lucio.
VARIAS PROFESORAS AMERICANAS	H. Gelabert. C. Chico. A. A. Segura. J. Riaza. I. Luna. A. M. Camps.
UN CAMARERO	F. Vilallonga.

Lugar de la acción: Acto primero en el Hotel Internacional de Perugia; el segundo en una posada, y el tercero en una villa á orillas del mar.—Época actual

Derecha é izquierda, las del actor



ACTO PRIMERO

Hall en el Hotel Internacional de Perugía. Mobiliario elegante y moderno: canapé, mecedoras, butacas, sillas, etc. En el centro una gran mesa redonda en la que hay, bien ordenados, periódicos, guías de varias clases, ilustraciones, guias de ferrocarriles, etc, Casi á la pared de la izquierda, pero algo sesgado, un piano con el dorso vuelto al muro. Delante del piano un taburete. En el mismo lado un velador y sobre él un paquete de cartas francesas y otros objetos de juego. Al lado opuesto del Hall, en la primera derecha, un pupítre que está dividido en dos partes por una pequeña marquesina, de forma que dos personas puedan sentarse de frente sin que vean lo que escriben. En la derecha dos puertas abiertas. En el foro tres grandes puertas vidrieras abiertas, que dan á una terraza por las que se ven algunos monumentos de la ciudad.

ESCENA UNICA

ELENA, FERNANDO, el CAMARERO y las PROFESORAS

ELENA (Sentada al piano, toca un trozo de la Marcha de «Tannhäuser».)

FER. (Por primera derecha reflexionando, ve á Elena y avanza, permanece largo rato escuchando, después murmura para sí.) ¡Colosal! ¡Wagner de memoria! (Escucha nuevamente y luego exclama.) ¡Wagnerófila!

ELENA (Al advertir que no está sola, se levanta de repente.)

FER. (Se dirige hacia el piano para encontrársela de frente.)

ELENA (Desviándose bruscamente, lo evita. Se sienta junto á la mesa redonda del centro, coge un periódico y después una revista pequeña con caricaturas, y, con desenvoltura, la hojea.)

FER. (La contempla á espaldas de ella, se muerde el labio inferior, y hace un gesto de obstinación y contrariedad. Luego, con fingida indiferencia, se sienta junto á la mesa y busca entre las revistas una ilustrada. Leyendo el título de la portada y levantando algo la voz para ser oidol) *El Renacimiento Latino, Revista de ciencias, artes y letras*... (Dejándola sobre la mesa.) ¡No me interesa! (Cogiendo otra, lee el título.) *La mujer italiana, Sale cada dos meses.* (Comentando.) ¡Sale muy poco la mujer italiana! (De soslayo mira á Elena con la esperanza de sorprender una sonrisa ó cualquier signo de aprobación ó de protesta ante la simpleza que acaba de decir.)

ELENA (Continúa mostrándose impasible y tiene fija la vista en el periódico.)

FER. (Deja caer en la mesa la segunda revista, y después de haber sabido que el semanario que Elena hojea es «el Punch» busca de nuevo entre los demás, hablando para sí, pero siempre con objeto de ser oido por ella.) ¡Es curioso!... ¡En un Hotel tan internacional falta *el Punch*! ¡El semanario de caricaturas más gracioso que hay en el mundo! (Después, queriendo advertírselo á sí mismo.) ¡No falta! Lo tiene la señora.

ELENA (Arroja entre los demás el número del «Punch» y se aleja de la mesa.)

FER. ...Yo hubiera podido esperar.

ELENA (Como si nadie la hubiese hablado, ni le mira ni hace el menor gesto. Toca el botón del timbre eléctrico y después se sienta cómodamente en una butaca,)

FER. Sin embargo, muchas gracias. (Se pone á mirar las caricaturas del «Punch».)

CAM. (Alemán, de pelo rojo, aparece en la segunda derecha.)

ELENA (Al Camarero.) Un café solo.

CAM. *Ja.* (Pronúnciese ya.)

FER. Un café solo también para mí.

CAM. *Ja.*

ELENA El café mío *exprofeso.*

FER. *Exprofeso* también para mí.

CAM. *Ja.* (Vase.)

ELENA (Impulsivamente ha lanzado una mirada desdeñosa á Fernando.)

FER. (Que ha sorprendido la mirada aprovecha la ocasión para dirigirla la palabra.) Señora, no lo tome usted á mal. Después de comer, tengo la costumbre de obsequiarme con una taza de café solo, como hace casi toda la humanidad. Y como usted ha tenido la excelente idea de pedirlo *exprofeso*, yo, que he recordado haber tomado por la mañana, en este mismo hotel, un café no *exprofeso*, que era un veneno, he adoptado en el acto la buena idea de usted.

ELENA (Fingiendo no escucharle se levanta y se dirige lentamente al velador donde se halla la baraja francesa. La coge, baraja las cartas, se sienta y comienza á hacer un solitario.)

FER. No obstante, dispénseme usted por haberme permitido el lujo de no quererme envenenar por segunda vez.

CAM. (Vuelve, trayendo dos servicios de café. Deposita uno en el velador junto á Elena y otro en la mesa en que se halla Fernando. Luego, medio mutis.)

ELENA (Llamando.) ¡Camarero!

CAM. (Parándose y volviéndose.) *¿Madame?*

ELENA (Echando el café.) Diga usté al Director que quiero cambiar de habitación. En el piso principal me encuentro muy molesta. Está lleno de gente importuna é indiscreta.

CAM. (Serio y correcto, con su duro acento alemán.) *Pardón, madame*, en el principal no hay más que el señor aquí presente. (Indicando á Fernando.)

FER. (Rápidamente.) ¡Mil gracias por la aclaración!

CAM. (Que no ha comprendido.) *Bitte*... ¿Ruego repetir de nuevo á mí la *ogden*?

FER. ¡No es *ogden* sino que doy las gracias! ¿Había necesidad de indicar cuál era la gente importuna é indiscreta?

CAM. ¡Ah, *ja!* no había necesidad, porque la señora ya lo sabía.

FER. (Riendo.) ¡Bravo! ¡De mal en peor!

ELENA (Impaciente; al Camarero.) ¿Me ha comprendido usted? Que me dé una habitación en el piso segundo.

CAM. El segundo está todo tomado por una socie-

dad de profesoras americanas que acaban de llegar.

FER. (Con viva complacencia.) ¿Profesoras de qué?

CAM. (Se dirige rápidamente en aquel instante hacia la puerta.)

ELENA (Irritada.) Pero, ¿dónde va?...

CAM. (Se detiene y se vuelve como un autómata.) El señor desea informes sobre las profesoras y voy á preguntar...

FER. ¡No se moleste usted! Espere las *ógdenes* de la señora.

CAM. *Ja.* (Serio.)

ELENA Si no hay habitaciones en el segundo, que me la dé en el tercero, ó en el cuarto, y, en último caso, en la guardilla. ¿Ha comprendido usted?

CAM. (Impasible.) *Ja.* (No se mueve. Una pausa.)

ELENA Y ahora puede usted retirarse.

CAM. *Ja.* (Vase.)

ELENA (Continúa su solitario y tomando el café de vez en cuando.)

FER. (Ha terminado de beber y enciende un pitillo. Después, quitándoselo de repente de los labios.) ¿La molesta á usted el humo del tabaco?

ELENA (Finge no haberlo oido.)

FER. ¿No? Gracias. (Se pone de nuevo el cigarrillo en los labios y fuma. Se levanta. Pasea por la estancia mostrando hallarse contentísimo y hablando consigo mismo.) ¡Profesoras americanas! ¡Oh! ¡Me figuro cómo serán! ¡Una partida de simpáticas gacelas con cabecitas muy estiradas, piececitos inquietos, canillas extraordinariamente sutiles y en la mirada toda la sencillez de una feminidad impávida (Muy marcado.) que desafía á los hombres, más bien que á huir de ellas á mirarlas con prevención! (Transición; parándose ante Elena.) ¿Le molesta á usted mi voz?

ELENA (Baja exageradamente la cabeza con intención de aparentar que está muy interesada en su solitario.)

FER. ¿No? ¡Gracias! (Breve pausa, Luego, girando nuevamente por la habitación.) No sé pensar si no hablo. Tengo el instinto del monólogo. Como la señora, por lo que veo, posee el del solitario. Además, son dos instintos que se parecen. Para refrenar el monólogo que se me

escapa, á veces, sin querer, tarareo, silbo... toco el piano... Pero, ¿pensar en silencio?... ¡Imposible! (A Elena.) ¿Le parecerá á usted extraño, verdad? ¿Me encontrará usted risible?...

ELENA (No hace gesto de responder.)

FER. ¿No?... Gracias. (Pasea nuevamente tarareando sumamente piano como absorto «La canción del premio» de «Los Maestros Cantores», después se calla vigilando los gestos de ella.» «¡Das Preislied!» (Pronúnciese «Das Praeslid.») «¡La canción del premio!»... ¡Para mí la joya más pura... (Mirando de soslayo.) del *Sigfrido!*

ELENA (Rectificando rápidamente en un impulso casi inconsciente) ¡De «Los Maestros Cantores!»

FER. (Satisfecho de haber logrado por fin entablar conversación, y disimulando su alegría.) ¡Señora, usted me dispensará! «¡La canción del premio» es del *Sigfrido!*

ELENA (Se encoge de hombros con gesto de desdén, reune las cartas, las baraja y comienza á hacer otro solitario.)

FER. ¡No! Tiene usted razón; estaba yo en un error. Sería asombroso que se equivocase usted, que conoce á Wagner de memoria. Yo soy un modesto aficionado; pero en este caso especial se trata de hechos asociados á los recuerdos más gratos de mi permanencia en América Precisamente por esa causa tornaron hace un instante á mi memoria. El anuncio de las sabiondas profesoras americanas, me hizo recordar el infalible éxito de aquella noche. En el *Hall* de un hotel de Boston tocaba yo al piano «La canción del premio», cuando me ví rodeado poco á poco de americanas, las cuales permanecían escuchándome extasiadas, inmóviles, como si las tuviese suspensas bajo el poder... de un flúido magnético (Imitando la actitud.) ¡Parecían mariposas que venían á mí como si yo fuese una de esas brillantes lámparas incandescentes que ha inventado Edison! ¡Una delicia! ¡Una verdadera maravilla!

ELENA (Esta vez no ha sabido fingir que no oía y, en un momento determinado, ha interrumpido el solitario y se ha puesto á escuchar, golpeando con una carta en el borde del velador.)

FER. ¿Está usted ahora convencida de que no puedo equivocarme?

ELENA (Con una sonrisa desdeñosa y burlona, revolviendo las cartas como si renunciara al solitario.)

FER. ¿Quiere usted hacerme el honor de aceptar una apuesta?

ELENA (Levantándose; severa.) ¡Yo no hago apuestas con personas que no me han sido presentadas! (Pasa del velador al pupitre, y, de pie, saca de la carpeta algunos pliegos de papel.)

FER. ¿Y quién me va á presentar?

ELENA Alguno que le conozca bien.

FER. El único que me conoce bien, soy yo mismo. Pero si usted no puede transigir con el convencionalismo de la presentación, la complaceré inmediatamente.

ELENA (Mirándole con una atención, no muy disimulada, permanece de pié teniendo las manos atrás, apoyadas en el respaldo de la silla, junto al pupitre.)

FER. (Sin interrupción.) Tengo el placer de presentarle en mí al señor Fernando Ginetti, napolitano por nacimiento y cosmopolita por elección, hombre muy digno de estima, con admirables aptitudes de aventurero y análoga elasticidad de temperamento. ¿Dice usted que el calificativo de aventurero se aviene mal con la estimabilidad? ¡Se engaña usted, porque yo solo he hablado de aptitudes! Se pueden tener las aptitudes del ladrón y ser una persona honradísima, por consiguiente, entre tantas personas que no roban, las únicas que tenemos indiscutiblemente derecho á la admiración y á la estima, somos aquellas, que si quisiéramos sabríamos robar. Soy extremadamente estimable, porque desprovisto, desde la cuna, de medios financieros y expuesto á todas las tentaciones del aventurero, he aprovechado mis aptitudes dentro de los límites de la honestidad. Hubiera sabido hacer en las mesas de juego, *juegos de prestidigitación;* habría sabido divertir á un multimillonario estafándole los dollars y la mujer: hubiera podido ostentar un título falso de marqués para casarme con cualquier vieja millonaria ó con una fea solterona heredera de minas

carboníferas ó de pozos de petróleo. En vez de ello, me he limitado á pasar en Egipto por profesor de literatura italiana sin haber leido nunca al Dante: he sido en Turquía profesor de esgrima, sin haber manejado en mi vida el sable, me he ganado la vida como pianista en Nueva York y en Filadelfia cuando, si toco el piano, es... de oído. ¡He engañado al mundo, no lo niego, pero le he engañado tan honestamente y he obtenido tan pocos beneficios de ello, que incluso me ha asaltado la sospecha de si el engañador era el mundo y el engañado yo! Y tan engañado, que aún sería un aventurero sin un céntimo, si un pariente mío no hubiese tenido el delicado pensamiento de morirse después de haber sido fiel á dos grandes virtudes: la de la avaricia y la de la infecundidad. A ese pariente mío debo todo cuanto soy...

ELENA ¿Y qué es usted?

FER. ¿Yo?... ¡Nada! Y dicho esto, señora, tengo motivos para creer que puede usted dar por perfectamente realizada la formalidad de la presentación.

ELENA Más bien que una presentación ha hecho usted su autobiografía

FER. Deseaba que me conociese usted bien...

ELENA ¿Y se ha tomado usted esa molestia... para hacer una apuesta conmigo?

FER. ¡Si se hace una apuesta es para ganar algo!

ELENA ¡Pero una apuesta inverosímil, es apuesta perdida!

FER. Como honradísimo aventurero que me precio de ser, le advierto á usted *que la engaño.*

ELENA Con el engaño no logrará usted seguramente fabricar un Wagner para su uso particular. (Riendo y burlándose de él.) ¡Bah...! «Los Maestros cantores» sin «La canción del premio»...

FER. (Interrumpiendo.) Es como un cuerpo sin alma ó... un plato de ternera sin ternera.

ELENA Precisamente.

FER. Opino lo mismo.

ELENA (Con viva sorpresa.) ¿Y la apuesta?

FER. ¡Un ligero recurso! Me la ha inspirado el

culto wagneriano de usted á fin de vencer su hostil mutismo. Ahora, mi monólogo y su solitario se han convertido en un diálogo. Lo que deseaba ganar, ya lo he ganado. (Una pausa.)

ELENA (Apartándose algo del pupitre para alejarse de él.) Con malas artes.

FER. (Rectificando cortés.) ¡Ha sido un arma de buena ley.

ELENA (Irónica.) ¿Y no le ha asaltado siquiera la duda de que yo me haya servido de la apuesta para saber quién era usted?

FER. Confieso que no se me había ocurrido... (Después, con sarcasmo vengativo.) No esperaba que despertase en usted tanta curiosidad mi pobre persona.

ELENA (En estado de graciosa inquietud, va de un lado á otro, aquí y allí unas veces parándose y apoyándose en un mueble y otras entreteniéndose con cualquier objeto cogido al azar.) No sea usted tan modesto... es natural mi curiosidad... Desde que salí de viaje le encuentro siempre ante mí...

FER. (Con intención.) Diga usted más bien que me encuentra siempre á espaldas suyas. (Efectivamente, en este momento se halla precisamente á espaldas de Elena, que mira una pieza de música encima del piano.) La sigo á usted como su sombra.

ELENA (Con simulada ingenuidad.) ¡Y yo que creía que era por casualidad!...

FER. ¡Qué trabajo me costó salir de Nápoles en el mismo tren que usted!

ELENA (Simulando.) No lo creo. Usted no estaba en la estación de Nápoles.

FER. Sí... pero como usaba barba...

ELENA ¿Postiza?

FER. ¡No, corrida!

ELENA ¿Qué hizo usted de ella?

FER. Dejarla allí.

ELENA ¿Por qué?

FER. A fin de parecer menos feo y algo más joven.

ELENA ¿A quién?

FER. Seguramente que no fué al revisor del expreso, sino á usted.

ELENA Luego, ¿se prometía usted conquistarme?

FER. (Modesto.) Aspiraba modestamente á hacer á usted tolerable mi presencia. ¿La molesto á usted?

ELENA De vez en cuando me hace usted esa pregunta. Es lo mismo que si preguntara usted cómo estaba de apetito un infeliz que se hallase víctima del mareo.

FER. *¿Y el mareo* .. soy yo?

ELENA Un pretendiente asiduo es aún peor para una señora que viaja sola.

FER. No todas las señoras opinan así.

ELENA Al menos todas las señoras respetables como yo. ¿Ignora usted acaso que soy una señora respetable?

FER. Si no lo supiera, le habría ya faltado al respeto. ¿Por qué soy tan fastidioso? Porque sé que es usted una señora respetable. ¿Quiere usted convencerse de ello? Le enseñaré los datos que poseo de usted desde que tuve la dicha de conocerla. (Sacando un cuaderno del bolsillo.) Lea usted estas páginas. (Entregándole el cuaderno abierto.)

ELENA (Sentándose algo difícilmente en el brazo de una butaca, coge el cuaderno y mira.) ¡Qué letra tan mala!

FER. (Sentándose junto á ella en una silla.) ¡Sí, no es como la de las máquinas de escribir!...

ELENA ¡Pero si no hay quien la entienda!...

FER. Es facilísimo saber lo que escribo: hago una *g* que parece una *f*, una *b* que parece una *h*, una *p* que es igual á la *y*, y del mismo modo hago la *n*, la *r*, la *s*, la *z*, la *v* y la *c*.

ELENA (Sonriente.) ¡Valiente rompecabezas!

FER. ¡Es cuestión de acostumbrarse!

ELENA Esto lo leo, es mi nombre: «Elena Lamberti...» ¿Qué más? .. (Tratando de descifrar.) ¡Ah, sí!... «Viuda que ha tenido un...» (A Fernando.) ¿Un qué?

FER. «Un marido.»

ELENA ¿Es que hay viudas que no lo han tenido?

FER. ¡Ya lo creo! Y le confieso que al principio tuve esa sospecha de usted...

ELENA (Algo ofendida.) ¡Pues me gusta!

FER. Desgraciadamente fué una sospecha pasajera...

ELENA Prosigamos. (Mirando una página.) ¿Qué dice aquí?... «Cuyo marido...»

FER. (Explicando.) El de la viuda...

ELENA (Descifrando.) «Cuyo marido no ha muerto...» ¿Eh?

FER. Lea usted la frase completa. «Cuyo marido no ha muerto de muerte natural.»

ELENA ¡Es verdad! (Con un suspiro.) ¡Ay!... (Después leyendo tristemente.) «.. sino que se mató de un tiro de revólver después de algunos meses de *manicomio.*» (A Fernando.) ¿De *manicomio?*

FER. «De matrimonio» ¡Yo creo haber escrito «de matrimonio!»

ELENA (Leyendo con la misma entonación melancólica y enfática.) «... se mató de un tiro de revólver... después de algunos meses de matrimonio porque era... un aerostático...»

FER. ¿Cómo un aerostático?.. «¡Un neurasténico!»...

ELENA (Vivamente.) ¡No; esto es inexacto!

FER. (Galante.) ¡Tenía que ser no un neurasténico, sino un loco para preferir un tiro de revólver á una mujer como usted!

ELENA (Con dolor.) Mi marido fué el mas sabio de los hombres.

FER. Me apresuro á creerlo, porque reconozco una indiscutible competencia en la mujer que le amó y que seguramente le ama aún.

ELENA ¿Por qué está usted seguro de que le amo todavía?

FER. Unicamente lo dudaría si viviera.

ELENA (Con severidad.) Se permite usted insinuaciones...

FER. (Interrumpiéndola.) No se incomode usted y lea mi libro de memorias. En él se halla consagrada su fidelidad conyugal.

ELENA (Leyendo con facilidad.) «En cuanto respecta á á las causas del suicidio, resulta claramente excluida la hipótesis de que haya tenido disgustos con su esposa...»

FER. ¿Lo ve usted?...

ELENA (Continuando.) «La cual...»

FER. (Explicando.) La esposa...

ELENA (Leyendo velozmente.) «Habiendo dado pruebas de seriedad y rectitud desde que, siendo niña, quedó huérfana y sola, llegando al matrimonio con la reputación de poseer todas las cualidades para hacer feliz á su marido.»

FER. ¿Qué le parece á usted?

ELENA Muy bien y se lo agradezco. (Volviendo la página.) ¿Y qué más dice?

FER. Nada más. (Tratando de recoger el cuadernito. Se levantan ambos con mucho brío.)

ELENA (Mirando la página siguiente.) Aquí hay un número... ¿La edad que supone usted que tengo? ¿Veinticinco años?... (Fernando asiente con la cabeza; devolviéndole el cuadernito.) Le repito las gracias. Ha sido usted generoso.

FER. ¿Qué edad tiene usted en realidad?

ELENA Creo que veintiocho.

FER. Es decir, que tiene usted treinta.

ELENA No, ahora exagera.

FER. Lo siento por usted.

ELENA ¿Por qué?

FER. Una viuda que no tiene aún treinta años, es una viuda prematura, demasiado joven. Aunque una viuda joven sea siempre encantadora para todo el mundo...

ELENA Menos para el difunto... ¡La viudez es una verdadera desgracia!

FER. ¡Si es el estado ideal! Suele decirse que la carrera de la mujer es el matrimonio. Lo admito. El matrimonio es un deber, una especie de condena que la sociedad impone á la mujer... La viuda ya ha cumplido ambas y cuenta con el mundo y con la independencia definitiva. Me refiero como es lógico, á las costumbres de nuestro país. En otros es diferente. En otros, la mujer no necesita esperar á que muera su marido. Para tener independencia, hace algo más alegre: no se casa.

ELENA ¿Me va usted á hacer por segunda vez la apología de la norteamericana? ¡Es una verdadera monomanía en usted!

FER. Yo adoro á la muchacha americana por todas las ventajas que su independencia nos ofrece á los hombres...

ELENA (Con disgusto.) ¡Hace usted gala de un materialismo que no me agrada!

FER. Según lo que entienda usted por materialismo. Será que yo no vivo en las nubes. Me encontraría allí muy á disgusto.

ELENA ¡Yo en ellas me encuentro divinamente!

FER. Lo siento, porque no tendré medios de llegar hasta usted.

ELENA En aeroplano.

FER. ¡Batiría el *record* de las caídas de latiguillo!

ELENA Entonces resígnese usted á mirarme con un telescopio.

FER. El telescopio es como la esperanza. Nos muestra vecinas las cosas que están lejanas. Por consiguiente, miraré y esperaré...

ELENA ¿Qué?...

FER. Que el día menos pensado, caiga usted..

ELENA (Cortando la frase con vivo resentimiento.) ¡Caballero!

FER. (Con suma naturalidad.) ¡En la cuenta de que tengo razón!

ELENA ¿Conoce usted mi lema? (En tono declamatorio.) «¡Hacia la vía más alta!»

FER. Será la Vía Láctea. ¡Eso es para desanimar á cualquiera!

ELENA En resumen, lo mejor que puede hacer es volverse á América, ó bien, aproveche usted la ocasión. Tiene usted aquí las profesoras de cabecitas muy estiradas, piececitos inquietos y canillas muy sutiles. Trate de hacerse simpático á ellas y habrá usted recorrido la mitad del camino cuando las encuentre allí, extasiadas, inmóviles, suspensas... (Indicando la actitud descrita por él é imitándole.) como bajo el poder de un flúido magnético. Ande, ande; no pierda el tiempo conmigo y me obligue á perderlo. Por usted he retrasado el escribir una carta... (Friamente.) ¡Usted lo pase bien! (Sentándose junto al pupitre: aparte, mordaz.) ¡Toma caídas de latiguillo! (Coge una pluma y comienza á escribir.)

FER. (A espaldas de ella, calmoso y tratando de ver lo que escribe.) ¿Y así me despide?...

ELENA (Tirando la pluma, algo nerviosa, por no poder escribir.) ¡Ya lo ha oído usted!

FER. (Sacando apresuradamente del bolsillo una pluma estilográfica y ofreciéndosela.) ¿Quiere usted probar con esta? Es una pluma estilográfica americana, sin rival.

ELENA (Cogiendo otra plumá del pupitre.) ¡Gracias, y adiós!

FER. Tengo intención de pasar unos días en Pe-

rugia. (Con falso entusiasmo.) Deseo admirar los tesoros artísticos esparcidos en esta privilegiada región, que el gran poeta llamó la *Umbría verde*... ¡Las tablas del Perugino, la escuela del Pinturicchio y las tres famosas iglesias de Asis, me atraen irresistiblemente!

ELENA ¡También á mí me entusiasman y me atraen *irresistiblemente* esas maravillas artísticas!

FER. Puesto que las mismas cosas nos atraen, debemos unas veces á pie ó en coche y otras en automóvil.. sí... debemos unirnos, al menos para esa expedición artística. Usted ha comprendido perfectamente quién soy yo, y yo sé divinamente quién es usted. Ambos estamos de acuerdo en que somos dos jugadores de igual fuerza. Yo no tengo mucho que ganar con usted y usted no tiene mucho que perder conmigo

ELENA (Deja pacientemente de escribir y le habla en un tono de cortesia melíflua.) Oiga.

FER. Diga usted.

ELENA Aunque se las echa usted de aventurero, en el fondo es usted una buena persona.

FER. ¡Una persona excelente: qué duda cabe!

ELENA Y quiero demostrarle toda mi consideración.

FER. Me confunde usted ahora con su bondad.

ELENA Le enseñaré el medio más seguro para ahorrarse una desilusión con una viuda... triste.

FER. (Lleno de ilusión,) ¡Le quedaré agradecido toda mi vida!

ELENA (Con dulzura.) Que se haga usted la ilusión de haberme conocido solamente en sueños.

FER. (Serio comprendiendo en el acto y tragando bilis,) Lo que, traducido al lenguage vulgar, significa: Señor mío: déjeme usted en paz y no se interponga más en mi camino.

ELENA (Con celo amistoso.) En interés de usted hablo.

FER. ¡Bueno! Seguiré sus indicaciones con la mayor escrupulosidad.

ELENA (Subrayando cortesmente las palabras.) Bastará con que se abstenga de dirigirme la palabra.

FER. Puede usted estar tranquila... A partir de este momento, no volverá usted á oir mi voz.

ELENA Dada su afición al monólogo, permítame usted que lo dude.

FER. ¡Se lo juro!

ELENA Si me lo jura usted, ya es otra cosa.

FER. ¡Lo dicho, dicho!

ELENA (Se pone de nuevo á escribir. Una pausa.)

FER. (Se acuerda de la pluma que ha tenido hasta ahora en la mano derecha entre el pulgar y el índice y se la ofrece de nuevo.) ¿Esta pluma no la quiere?... (Se calla de repente tapándose inmediatamente la boca con la mano.) ¡Oh! (Guarda la pluma y permanece con la mano sobre lo boca. Después siempre en esta posición, pasea por la escena.)

ELENA (Aparenta hallarse muy ocupada escribiendo.)

FER. (De repente toma una resolución enérgica. Se sienta al otro lado del pupitre, de frente á Elena. Saca su pluma estilográfica y escribe también. De vez en cuando ambos reflexionan y levantan los ojos. Sus miradas se encuentran por encima de la marquesina. Y ambos vivamente y con ostentación bajan en seguida los ojos, inclinando la cabeza sobre las cartas. Terminada una carta lacónica, la cierra apresuradamente, escribe el sobre y llama al timbre eléctrico, que hay en el pupitre. Entra el CAMARERO. Con seriedad y noblemente, entrega la carta al Camarero y con un dedo le indica la dirección escrita en el sobre.)

CAM. (Después de haber leído el sobre.) *¡Ja!* (Serio, impasible, rígido, coge de la mesa una bandeja, pone en ella la carta y se aproxima á Elena.) Una carta para la señora.

ELENA (Con cómica sorpresa.) ¿Para mí? (Coge la carta y la abre.)

CAM. (Vase.)

FER. (Apartándose con gravedad, espera la impresión de Elena.)

ELENA (Descifrándola difícilmente.) ¡Dios mío, qué letra! (Después que ha leido toda la carta se levanta demostrando enojo.) ¿Ha decidido usted marcharse hoy á Nápoles?

FER. (Hace un gesto como para expresar la triste necesidad de su decisión.)

ELENA ¿Repentinamente?

FER. (Replica con el mismo gesto.)

ELENA ¿Por causa mía?

FER. (Igual gesto.)

ELENA ¿Y desiste usted de la expedición artística á la Umbría verde?

FER. (Idem, idem.)

ELENA ¡Pero hombre de Dios, hable usted! ¡Así no se responde á una señora!

FER. (Poniéndose de nuevo la mano en la boca.) He jurado que no oiría usted más mi voz.

ELENA ¿Y eso qué importa? Hable usted ahora.

FER. ¡Si nada tengo que decir!

ELENA Ya que no lo hace usted en esta carta, explíqueme por qué renucia usted á su programa.

FER. ¿Pero usted ha creído de buena fe que yo tengo deseos de admirar los tesoros artísticos de la Umbría?

ELENA Naturalmente que lo he creído.

FER. (Excitándose en un tono cómicamente trágico y solemne.) ¡Tengo el honor de participarle que está usted completamente equivocada! Sepa usted, señora, que las tres iglesias de Asís no me dan frío ni calor: que las tablas del Perugino me tienen sin cuidado y que me río del Pinturicchio y de su famosa escuela.

ELENA (Con enérgica vivacidad.) ¡Hace usted muy bien en irse! ¡Buen viaje!

FER. ¡Que usted se divierta! (Una pausa.)

ELENA (Tornando al pupitre y sentándose, murmurando aparte.) No se va.

FER. (Mirándola de reojo, murmura para sí.) ¡No quiere que me vaya! (Después busca en la mesa una guía de ferrocarriles. La encuentra y la hojea, hablando entre dientes.) Pe... Pe... Pe... Perugia. (Mirando una página.) Aquí está el primer tren, sale á las diez y veinte. (Mirando su reloj.) ¡Luego... dentro de un par de horas! (Deja la guía en la mesa, enciende un pitillo y ronda alrededor de Elena, tarareando muy bajito «La canción del premio». Como guiado por el eco de la canción se sienta al piano, deja el cigarrillo en el borde del candelero y comienza á tocar «La canción del premio», diciendo la frase musical con exagerada dulzura. Elena le mira de soslayo picarescamente y decide dejarle solo. Sin terminar siquiera la carta, coge el pliego escrito, se levanta y, con la mano, hace un signo como diciéndole: «Ahora te dejo con un palmo de narices.» Después, caminando con la punta de los pies, para no ser oída, sin dejar de mirar de soslayo y denotando suma complacencia en sus ojos, se dirige hacia la puerta de la primera derecha. En el

dintel reprime su risa y hace mutis. Fernando continúa tocando la dulce melodía, moviéndose y expresando dicha página musical como encantado por el recuerdo de aquella noche.)

VARIAS PROFESORAS (Entran curiosas, atraídas por la música, sin ser vistas por Fernando, algunas con paso ligero, otras andando muy despacio y de puntillas para no meter ruido. Las primeras, de la terraza del foro. Después otras dos, por la puerta de la segunda derecha; de diversas estaturas y cogidas del brazo, la más pequeña con la cabeza apoyada en el hombro de la más gruesa. Todas son maduras y viejas y por añadidura feas y ridículas, con sus andares juveniles, con sus estrambóticos sombreros de viaje, hombrunos, con sus faldas cortas y con sus arqueados zapatos de verano, provistos de tacones altos. Alguna debe ser un tipo característico; la boca demasiado grande ó la nariz muy exagerada ó el talle al nivel de los codos. Alguna otra llevará también gafas doradas. Otra lleva en la mano una guía Bedeker. Otra lleva, suspendida de una correa, una pequeña máquina Kodak. Es más ridículo permanecer inmóviles, como magnetizadas, en actitud de suave conmoción. La última aparece por la puerta de la primera derecha. Es una doctora bajita y algo jorobada: la más baja y la más grotesca de todas, lleva en la cabeza, con inconsciente audacia un sombrero flexible masculino. Igualmente también ésta se detiene y escucha extasiada. Después de un instante, una de las profesoras jóvenes lanza un suspiro.) ¡Ay!

FER. (Con lánguida galantería.) ¡Gracias por ese suspiro! (Continúa tocando algunos compases más.)

(La Profesora más vieja y grotesca lanza un profundo suspiro.) ¡Ay!

FER. (Súbitamente, dejando de tocar, se vuelve lánguidamente. Pero á la vista de las Profesoras, se pone en pie de un salto con un gesto de horror y vase corriendo disparado.)

PROFESORAS (Ofendidas.—A la vez.) ¡Ooooh!

(Telón rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Habitación de una posada amueblada rústicamente. En un rincón hay una cama para una sola persona. En la primera derecha y algo sesgado, un tocador con una toalla blanca. En diveros sitios los demás muebles necesarios, entre ellos una butaca y dos ó tres sillas. Una puerta en el centro del foro, la cual debe ser de una sola hoja y abrir ésta hacia la habitación, es decir, hacia el público. Una ventana en la pared de la izquierda. Otra puerta á la derecha. Del centro del cielo raso cuelga una lámpara eléctrica. Es de noche. La lámpara se halla apagada. La habitación á obscuras.

ESCENA PRIMERA

FERNANDO, la POSADERA; luego el CHAUFFEUR

VOZ (De Fernando, desde la carretera.) ¿Pero qué posada es esta?... ¿No responde nadie?... ¡Posadero!... ¡Posadera!...

VOZ (De la Posadera, con voz chillona.) ¡Voy, voy! ¡Voy, voy! (Un silencio.)

POS. (Entra por ei foro con celo servicial. Es una graciosa viejecita muy limpia y esbelta. Habla con intermitencias y con una voz chillona, de cabeza. Lleva una cofia blanca, los cabellos blancos y rizosos, falda de percal y zapatos de color. Hace gestos infantiles y anda con pasitos muy rápidos. Es de esas personas que hacen dos ediciones de cada palabra.)

FER. (La sigue jugueteando con su bastón aparentando des-

envoltura, Traje de automovilista: guardapolvo largo y gorra.)

Pos. Es una hermosa habitación, una hermosísima habitación. (Enciende la lámpara.)

Fer. Tanto como hermosísima, no; pero, para una noche...

Pos. ¿Nada más que para una noche?

Fer. Nada más. Nos vemos obligados á detenernos la señora que viaja conmigo y yo... porque... ese viejo automóvil que hemos alquilado ha sufrido una avería... precisamente á la entrada del pueblo...

Pos. ¡Comprendido, comprendido!

Fer. Afortunadamente estábamos á corta distancia de esta posada, y el *chauffeur*, que es práctico en estos contornos, me ha guiado hasta aquí.

Pos. ¡Sí, sí! ¡Comprendido, comprendido! Es un *chauffeur* inteligente. No es la primera vez que su automóvil, con un hombre y una mujer, ha sufrido una avería cerca de mi casa.

Fer. (Observando el cuarto.) Bueno, me quedo con este cuarto.

Pos. ¿Y no preferiría mejor uno con dos camas?

Fer. No.

Pos. Le abriré, si quiere, la habitación de al lado. (Indicando á la derecha.)

Fer. ¡No señora!

Pos. Le enseñaré otro cuarto en ese corredor. Puede elegir. ¡Sí, sí! ¡Sí, sí! La posada está vacía.

Fer. (Abriendo desmesuradamente los ojos.) ¿Que la posada está vacía?... (Con energía imperiosa.) Para mí es como si estuviese llenísima.

Pos. Pero la señora podría pedir otro cuarto, y en tal caso...

Fer. En tal caso, se lo niega usted terminantete, porque yo le pagaré el alquiler *de todas las habitaciones*, que tendré el placer de *no* ocupar.

Pos. ¡Muy bien, muy bien!

Fer. Y ahora que ya estamos de acuerdo, adoptaré una resolución más radical aún. (Dirigiéndose á la puerta del foro.) Pase usted, *chauffeur*.

CHAUF. (Entra militarmente y se detiene en la puerta: tipo de alcohólico.) ¡A sus órdenes!

FER. Acérquese. (El Chauffeur se aproxima. La Posadera se coloca entre el Chauffeur y Fernando con obieto de oir. A la Posadera.) Tenga usted la bondad de esperarse: tenemos que hablar. (Le empuja suavemente haciéndola retroceder algunos pasos. La Posadera se sienta en un rincón, de espaldas á ambos, con obediente discreción.) En primer término: ¿cómo se llama usted?

CHAUF. Fritz; pero llámeme usted como quiera.

FER. Al que guía un automóvil se le llama *chauffeur.*

CHAUF. En las carreteras nos llaman otros nombres peores. ¡Hasta mi mujer me llama siempre idiota!

FER. ¡Pero su mujer le conoce á usted íntimamente! Vaya usted y diga á la señora que hemos logrado descubrir una posada; la única que hay por estos contornos.

CHAUF. Es verdad.

FER. Luego, acompáñela usted aquí trayéndose el *necéssaire* de ella y el mío.

CHAUF. Perfectamente.

POS. (Continuará por su parte haciendo sus gestos de costumbre frotándose las manos y moviendo la cabeza con satisfacción.)

FER. (Al Chauffeur.) No olvide que tiene usted vino de más en el cuerpo... Hasta ahora no ha estado usted á la altura de su misión.

CHAUF. ¿Por qué?

FER. ¿Es esa la manera de simular una *panne?* (Pronúnciese «pan».) Es un verdadero milagro que la señora no haya advertido la comedia.

CHAUF. He frenado de golpe y he soltado una interjección tremenda... ¿Qué más quiere usted?

FER. ¡Hay que hacer milagros!

CHAUF. ¿Milagros?... (Con dignidad cómica.) ¡Señorito, á un librepensador como yo, no se le pueden exigir esas cosas!

FER. ¡Yo deseaba algo más sensacional, más impresionante!...

CHAUF. Pues habérmelo advertido y les hubiese obsequiado con un choque espantoso contra un árbol ó contra un muro.

FER. (Vivamente.) ¡No, no, gracias!.. ¡Ahora lo que deseo es que el auto permanezca allí hasta mañana, firme como una peña y silencioso como una tumba.

CHAUF. Le prometo que, después de tomar un bocadillo en la posada del Ciervo, vuelvo á mi auto y me duermo dentro.

FER. (Asustado.) ¿Va usted á ir á la posada?...

CHAUF. A tomar un bocadillo.

FER. ¡Para achisparse aun más, y después quién sabe lo que ocurrirá!

CHAUF. ¡Le aseguro que no: esté usted tranquilo!

FER. ¡Qué tranquilo ni qué demonio! Me han contado que hace pocas noches tomó usted á su mujer por un automóvil y la quería usted á la fuerza mudar los neumáticos!

CHAUF. ¡Son calumnias, señor!

FER. Siquiera esta noche, hágame usted el favor de no beber.

CHAUF. Ni agua, se lo juro.

FER. Y no olvide usted que esa señora es muy lista. No se deje usted sorprender por sus preguntas.

CHAUF. ¿Y si me pregunta, por ejemplo, qué pieza del aparato tengo que reparar?

FER. La dice usted... que el motor.

CHAUF. ¿Y si me dice que cuánto tiempo tardaré en arreglarlo?

FER. Le replica usted que estará listo en cuestión de seis ó siete horas

CHAUF. ¿Y si desea saber por qué se ha quedado usted en la posada?

FER. Le dice que para que arregle bien la habitación la posadera, con la que no es fácil entenderse.

CHAUF. ¿Y si me pregunta por qué no es fácil entenderse con la posadera?

FER. ¡Qué poca inventiva tiene usted!... Dígale que habla de una manera muy rara.

CHAUF. Bueno... (Medio mutis; volviéndose de pronto.) ¿Y si me pregunta en qué lengua ha logrado usted entenderse con ella...?

FER. (Perdiendo la paciencia y ya rabioso.) ¡Le dice usted que... en japonés!

CHAUF. Bueno. (Vase foro.)

FER. (A la posadera.) Y ahora, oiga usted. Para evi-

tar que la señora le pida otra habitación es preciso que no la vea.

Pos. ¡Comprendido, no hable más!

Fer. Al contrario, la que no debe hablar más es usted, y precisamente sin decir una palabra va usted á desaparecer inmediatamente, escondiéndose en el rincón más recóndito de la casa, y siendo en esta ocasión, sorda, muda y ciega.

Pos. ¡No, no! ¡No, no!

Fer. (Imitándola.) ¡Sí, sí! Porque la daré una espléndida propina por el servicio que me presta esta noche.

Pos. ¡Eso ya es otra cosa, eso ya es otra cosa!

Fer. ¡Luego quedamos de acuerdo! Aunque los timbres sonaran continuamente, usted no se moverá, ni abrirá los labios, ni respirará. Y nada más tengo que decirla. (Sacando apresuradamente del bolsillo la cartera y dándole el dinero en dos veces.) Este es el precio del cuarto, que no ocuparé, y esta la propina por su sordera, por su mutismo y por su *ataxia locomotriz.* (Imitándola y empujándola hacia la puerta.) ¡Ande, ande, desaparezca y no se deje ver jamás, jamás y jamás!

Pos. ¡Jamás, jamás...! ¡Buena suerte! ¡Buena suerte!.. (Vase apresuradamente acelerando sus pasitos de muñeca.)

ESCENA II

FERNANDO, ELENA y el CHAUFFEUR

Fer. (Sentándose cansado y arrojando la gorra sobre cualquier mueble.) Estoy rendido... (Mirando después á su alrededor.) ¡En este cuarto hay un olor á humedad que tira de espaldas! (Se levanta y continúa mirando disgustado los muebles, las paredes y el techo, de repente exclama alarmado.) ¡Una araña! ¡Eso sí que no!... ¡Ni al propio don Juan Tenorio le perdonaría una mujer este detalle! (Aproximándose despacio al muro del foro con el bastón levantado.) ¿Me vas á estropear la aventura? (Dando un saltito golpea varias veces la pared para dar caza al animalito que huye.—NOTA BENE.—

Este debe ser visible al espectador, para lo cual será algo mayor del tamaño natural. El mecanismo será fácil.)

ELENA (Por el foro.) ¿Qué hace usted?

FER. (Muy desconcertado.) ¡Nada!... Es decir... nada importante... mataba...

ELENA ¿Qué?...

FER. El tiempo...

ELENA ¿Golpeando el muro?

FER. Tenía polvo...

ELENA ¿Cómo no lo ha limpiado la posadera?...

FER. De repente, se ha sentido mala...

ELENA ¿Y usted la ha sustituído?... ¡Qué bueno es usted!

FER. (Dejando el bastón en un rincón.) Estoy también muy disgustado por no poder ofrecerla una habitación mejor...

ELENA No importa. Para una noche...

FER. (Galante.) Yo concedo siempre mucha importancia á las cosas más insignificantes.

ELENA (Irónica.) Sino fuera así, ¿cómo tendría usted la opinión que tiene de sí mismo?

FER. (La mira sorprendido.)

ELENA (Con naturalidad, quitándose el sombrero. Llama.) ¡Fritz! ¡Fritz!

CHAUF. (Por el foro avanza militarmente llevando los dos «necéssaires» uno en cada mano.) ¡A sus órdenes!

ELENA Mi *necéssaire*, haga usted el favor.

FER. (Presuroso quitándole de las manos los dos.) Deme usted y puede usted retirarse.

CHAUF. (Vase foro.)

ELENA (Arreglándose el cabello de pie ante el espejo y vigilando por el espejo á Fernando.) El de usted, lléveselo á su cuarto.

FER. Es que no tengo un cuarto...

ELENA (Interrumpiéndole sorprendida.) ¿Qué no tiene usted?

FER. ¡No! La posada está completamente llena.

ELENA En un pueblo como este... ¡Quién lo diría!

FER. Por este pueblo pasan numerosas turistas y pernoctan aquí muchos... alemanes, franceses, ingleses, españoles...

ELENA (Terminando la frase.) ... y japoneses.

FER. (Comprendiendo.) ¡Ah! ¿Fritz le ha contado á usted lo de la posadera? No estoy seguro, pero si viese usted su modo de andar y sus

gestos... Parece haber nacido en el imperio del Sol Naciente...

ELENA ¿Y la infeliz se sintió enferma de repente?

FER. ¡Se puso malísima! ¡El hecho me impresionó de un modo...!

ELENA ¡Otro accidente!

FER. ¡Nadie tiene comprada la salud!...

ELENA Verdad. Pero hablemos de nuestro asunto. (Sentándose.) ¿Donde dormirá usted?

FER. (Sentándose también.) La misma pregunta le iba yo á hacer.

ELENA ¡Hágasela usted á sí mismo!

FER. No sabría qué responderme.

ELENA (Encogiéndose de hombros.) ¿Y quiere usted que lo sepa yo?

FER. (Buscando las palabras.) Si yo me atreviese á decir á usted todo lo que pienso...

ELENA Caso de ser algo atrevido, no diga usted más que la mitad, la buena.

FER. Si fuese usted una persona caritativa...

ELENA ¿Qué debería hacer?

FER. Toleraría mi presencia...

ELENA ¿Está usted loco?... ¿Y la moral?

FER. La moral es cuestión de latitud. Hay treinta y seis latitudes...

ELENA ¡Pero yo no conozco más que una moral!

FER. ¿Si tuviera usted la abnegación de renunciar á la comodidad de la cama y resignarse á dormir en esta butaca?...

ELENA ¿Y usted?

FER. Me contentaría con dormir humildemente á sus pies.

ELENA No se lo aconsejo, porque recibiría usted algún puntapié...

FER. Pero poniéndome á cierta distancia...

ELENA (Levantándose.) ¡No, no! Estoy cansada y necesito meterme en la cama. La *incomodidad* de la butaca no me agrada. Y puesto que los alemanes, los franceses, los rusos, los ingleses y los españoles han ocupado toda la posada, no le queda á usted otro recurso sino pasear al aire libre. Además, le está á usted muy bien empleado por su testarudez en que regresáramos á Nápoles en automóvil. En tren hubiésemos llegado por la mañana. Y en cambio nos encontramos á las

once de la noche en un pueblo de nombre inverosímil, con la agravante de tener que permanecer en él hasta Dios sabe cuándo.

FER. Lo lamento, pero yo no tengo la culpa. Me mortifica usted injustamente...

ELENA Aquí tiene usted su *necéssaire*... (Dándoselo en una mano.) Tome usted su bastón... (Se lo da en la otra.) Su gorra... (Se la pone en la cabeza con la visera hacia atrás.) ¡Y que usted se divierta!

FER. (Se levanta.) ¡Conste que no tiene usted corazón!

ELENA ¡Lo que tengo es sueño! Puede usted también dormir bastante agradablemente en el automóvil.

FER. (En tono trágico y solemne.) ¿Y los trabajos de reparación?... ¡Señora, se olvida usted de los trabajos de reparación! ¡Para poner en marcha esa carraca, tendrá Fritz que trabajar toda la noche!... ¿No le ha dicho á usted nada? ¡Se trata de una avería enorme! (Con voz conmovida.) ¡El pobre motor ha quedado en un estado... que da lástima!...

ELENA ¡Nadie lo diría, porque paramos muy tranquila, muy sosegadamente! Sin ruido, sin una sacudida...

FER. ¿Pero no vió usted la desesperación del *chauffeur?*

ELENA Más que grave la avería, me ha parecido sumamente misteriosa.

FER. ¡Misteriosa porque no es usted mecánico! (Aprovechando el pretexto se sienta de nuevo, teniendo en una mano el «necéssaire», en la otra el bastón y en la cabeza la gorra con la visera hacia atrás) ¡Créame usted, señora, cuando el motor...!

ELENA ¡Levántese, levántese usted, señor mío! Del motor ya hablaremos extensamente mañana ..

FER. Quería sólo explicarla que cuando el motor...

ELENA ¡Tengo sueño!

FER. Se lo explicaré en pocas palabras... Cuando el mo...

ELENA (Furiosa.) ¡Ea, no le escucho! (Incomodada, se tapa los oídos con las manos.)

FER. (Levantándose desolado.) Es innecesario que se tape usted los oídos. Me voy... Pasearé al

sereno... Pero le ruego me diga que no me guarda rencor alguno por lo ocurrido.

ELENA (Con los oídos aun obstinadamente tapados ni oye, ni responde.)

FER. Yo soy responsable de haberla inducido á regresar á Nápoles en automóvil.. Pero era por pasar algunas horas más junto á usted.

ELENA (Tiene los oídos tapados: ni oye, ni responde.)

FER. ¿No estoy profundamente enamorado de usted?...

ELENA (Ni oye, ni responde.)

FER. ¿Según usted los únicos medios de manifestar el amor son el correo, el telégrafo, el teléfono, el semáforo, la radiotelegrafía y las palomas mensajeras, verdad?

ELENA (Ni oye, ni responde.)

FER. ¿No admite usted medios menos platónicos, menos ambiguos, menos molestos?...

ELENA (Impasible; ni oye, ni responde.)

FER. ¿No? (Pausa.) ¿No? (Pausa.) ¿No? (Pausa. Después repentinamente, con gesto del que está para estallar, echa á correr y vase foro.)

ELENA (Quitándose las manos de los oídos.) ¡Por fin! (Con aspecto de satisfacción y de triunfo echa la llave á la puerta por la que ha salido Fernando.) ¡Te vas á divertir con la avería! (Se quita los guantes y el guardapolvo. Se sienta ante el tocador y se dispone á arreglarse algo el cabello. Pero precisamente cuando se encuentra junto á la puerta del foro, se oyen unos golpecitos muy suaves en la misma y la voz de Fernando insinuante.)

FER. (Dentro.) ¡Elena, Elena!

ELENA (Aparte.) ¿No decía yo...?

FER. (Dentro.) ¡Elena!...

ELENA ¿Qué pasa?

FER. Está cerrada la puerta de la posada.

ELENA Pues, ábrala.

FER. Está cerrada con llave.

ELENA Con la misma llave que la cerraron, ábrala usted.

FER. Es que no está la llave.

ELENA (Burlona.) ¡Llame usted á la posadera!

FER. Ya lo he hecho, pero no responde. ¡Creo que se ha muerto!

ELENA (Con seriedad cómica.) ¡Pues rece usted por ella!

FER. ¡Ya estoy en actitud de orar! ¡Pero mi Dios es usted, Elena!

ELENA ¡Gracias por el honor!

FER. (Implorando.) ¡Considere que corro el peligro de morir en este oscuro y asfixiante corredor, peor que una catacumba! ¡Tenga compasión de este pobre desgraciado!

ELENA (Aparte, sonriente.) ¡Qué embustero! (Se levanta, moviendo la cabeza lentamente va y abre. Al abrir se ve á Fernando arrodillado en el dintel, en una mano la gorra y el «necéssaire» y en la otra el bastón y el guardapolvo que se ha quitado. Soltando una gran carcajada.) ¡Ja, ja, ja!... ¡Qué figura tan ridícula!

FER. (Sin levantarse.) ¡No lo pongo en duda!

ELENA ¿Qué dirían todas las víctimas de usted si le vieran en esa posición?

FER. ¡No me he vanagloriado de haber hecho víctimas, pero si las hubiese hecho, dirían que es usted la vengadora de todas! Sin embargo, tenga usted cuidado! (Se levanta y avanza.) ¡Las mujeres que torturan á los hombres saben que ganan poco, pero ignoran que pierden mucho!

ELENA ¿Una amenaza?

FER. No, un consejo que me sugiere la experiencia. Y al juguetear con el amor les sucede como á los niños que juegan con los cuchillos: se hieren siempre.

ELENA ¿Y con ese consejo quiere usted persuadirme de que le acoja toda una noche en mi cuarto?

FER. Por circunstancias inevitables, que la suerte se ha complacido en acumular.

ELENA ¡Es que no creo que sean *inevitables!*

FER. ¿Por qué? (Soltando todo lo que lleva en las manos.)

ELENA Espero conseguir que resucite la posadera.

FER. «*Surge et ambula*»... Temo que no lo consiga.

ELENA (Buscando á su alrededor.) Lo intentaré.

FER. ¿Qué busca usted?

ELENA El botón del timbre.

FER. (Presuroso.) Ahí está. (Indicando el botón junto al lecho.) ¡Llame usted!

ELENA ¿Cómo no se le ha ocurrido á ested sustraerlo?

FER. (Con dignidad.) ¿Me cree usted capaz de semejante truhanería?

ELENA ¿No ha sustraído usted hace poco la llave de la puerta porque no le convenía abrirla?

FER. (Enfureciéndose.) ¡Esa es una suposición gratuíta! ¡Una calumnia completa! ¡Acusarm-- de haber sustraído una llave como un lae drón!... ¡Oh, es demasiado!

ELENA Por lo pronto, si resucita la posadera, quedará resuelto el problema de la puerta. (Se aproxima al botón y pone el dedo en él. Se oye insistentemente sonar dentro el timbre eléctrico.)

FER. ¡Lamento que me atribuya usted acciones tan pueriles y tan innobles!... (Aprovecha el momento que juzga más propicio, y desliza, á hurtadillas, bajo la toalla del tocador una gruesa llave que saca del bolsillo de la americana.)

ELBNA (Le sorprende en el acto con el rabillo del ojo, pero disimula y continúa tocando el timbre eléctrico que sigue sonando insistentemente.) ¡Celebro que usted mismo los califique de *pueriles* é *innobles!*

FER. (Con voz aún más desdeñosa.) ¡Bueno, no quiero quedar bajo el peso de su acusación! ¡Regístreme!

ELENA ¡No, gracias!

FER. Entonces retire usted su acusación.

ELENA (Con cómica seriedad.) ¡Retirada!

FER. (Sentándose impertérrito.) Me declaro satisfecho. Queda terminado el incidente.

ELENA ¡Completamente terminado! (Pone nuevamente el dedo en el botón y lo tiene en él continuamente, mientras que el timbre suena sin cesar y con una continuidad desesperante.)

FER. (Después de haberlo oído sonar un rato.) ¿Resucita?

ELENA (Retirando el dedo del botón y alejándose con calma pero enojada.) ¡No!

FER. ¡Lo suponía!

ELENA ¡Hay que convenir en que todo le sale á maravilla!

FER. (Con un suspiro de afectada resignación.) ¡Bah!

ELENA ¡Estaba escrito! ¡La famosa puerta permanecerá cerrada, usted seguirá aquí rondando á mi alrededor hasta mañana por la mañana, y yo me veré obligada á dormir en una butaca desvencijada, dejando que el duro sueño y el cansancio me expongan, sin defensa alguna, á la insolente curiosidad de usted!

FER. No hable usted así... Por muy pesado que tenga usted el sueño, sólo podría añadir algún detalle estético más que admirar en

usted... Ni siquiera eso ocurrirá... También yo estoy rendido y dormiré profundamente... tranquilícese usted. (Sonríe satisfecho, aparte y maliciosamente, convencido de que Elena le cree.)

ELENA (Aprovecha un segundo en que Fernando no la mira y levanta la toalla bajo la cual ha escondido la llave, con la satisfacción natural de comprobar haber visto bien el escondite.)

FER. (Prosiguiendo.) Ya le he dicho que es inútil el quererse revelar contra la fatalidad.

ELENA Tiene usted razón .. (Mientras él habla coloca resignadamente la butaca de espaldas á Fernando y se echa en ella con las piernas extendidas.)

FER. ¡Qué duda cabe! Usted y yo parecemos dos personajes de una tragedia griega, no es culpa nuestra, sino obra de la fatalidad implacable... (Transición.) ¿Quiere usted indicarme mi puesto para que duerma usted tranquilamente?

ELENA A espaldas mías. ¡Pero lejos, muy lejos!

FER. (Coloca su silla muy lejos de Elena, con la espalda vuelta al dorso de la butaca.) ¿Está bien así?

ELENA Divinamente.

FER. (Acortando en el acto algo la distancia se sienta más cercano y extiende las piernas como ella.) Buenas noches.

ELENA Buenas noches. (Una pausa.)

FER. (Estudia sigilosamente la manera de sacar provecho de la situación.)

ELENA (Esta en acecho y no cesa de vigilarle.)

FER. (De pronto, se da un fuerte golpe en un carrillo con la mano.)

ELENA (Con fingido sobresalto.) ¿Qué?

FER. ¡Un mosquito!... ¿No ha oído usted?... (Interroga imitando el zumbido del mosquito.)

ELENA No.. comenzaba á amodorrarme...

FER. (Agradablemente sorprendido,) ¿Ya? .. Siento haberla molestado. . (Dándose un segundo y violento guantazo.) ¡Otro ¡Son atraídos por la luz eléctrica... (Tímidamente.) ¿Le parece á usted bien... que la apague?

ELENA (Severísima, levantándose.) ¡Se lo prohibo á usted terminantemente!

FRR. Por la prevención que tiene usted contra mis miradas le debiera agradar la oscuridad.

ELENA ¡No señor! Los hombres como usted son como los murciélagos; ven mejor en la oscuridad. (Después, en tono de concesión.) A lo sumo, lo que le permito es que atenúe un poco la luz.

FER. La atenuaré. (Se levanta.) Pero necesito un paño para envolver la lámpara... ¡Ah, ya lo tengo! (Coge su guardapolvo, lleva su silla debajo de la lámpara y se sube en ella. El guardapolvo, que él sostiene por el cuello, se alarga desde lo alto.)

ELENA ¿Qué hace usted? ¿Un espanta pájaros? Atenuará demasiado. Basta con un papel.

FER. No tengo.

ELENA O un pañuelo.

FER. Sólo llevo uno.

ELENA Tápelo con él. (Vuelve á tumbarse en la butaca.)

FER. Por complacerla... (Tira el guardapolvo y anuda el pañuelo alrededor de la lámpara.) Pero, ¿y si se me agrava el constipado? (Su nariz y sus ojos se contraen como constipados.)

ELENA ¡No refunfuñe más! ¡Siéntese usted en su sitio!

FER. Bueno. (Apenas lo dice coge su silla y la coloca junto á la butaca y se vuelve á sentar.)

ELENA ¡El sitio de usted está más lejos!

FER Dispense... no me acordaba.

ELENA Pero se lo recuerdo yo.

FER. (Teniendo con las manos la silla pegada á la espalda, se sienta, y se aparta contrariado.) Buenas noches.

ELENA Buenas noches. (Pausa larga.)

FER. (En voz muy baja.) ¡Elena!... (Pausa.) ¡Elena!... (Pausa.) ¿Duerme usted?...

ELENA (Finge que duerme y no responde.)

FER. (Aparte.) Duerme. (Después reflexiona y se anima.) ¡Por fin!... (Tuerce algo el cuello para mirarla. Está inquieto. Se levanta caminando de puntillas, se aproxima á ella de costado. Pierde el equilibrio. Está á punto de caerse.—Se deja al actor la facultad de la contra-escena cómica que crea oportuna.—La mira de nuevo examinándola, admirándola extasiado. Después, vencido por la tentación, poco á poco se inclina con los labios en actitud de besarla.)

ELENA (Cuando está á punto de ser besada, le asesta una bofetada monumental.)

FER. (Retrocediendo entre dolorido é indignado.) ¡Señora!

ELENA Un mosquito.

FER. (Poniéndose la mano en la mejilla.) ¡Demonio!... ¡Tiene usted la mano más pesada que el sueño!

ELENA (Levantándose y mostrándose irritadísima.) ¡Y la audacia de usted es más odiosa aún que su insolencia! ¡Yo que le creía á usted un hombre serio!...

FER. ¿Tan mal concepto tiene usted de mí? Dispénseme... Ha sido sin querer...

ELENA ¿Y para eso quería usted la oscuridad? ¡Quite usted inmediatamente su pañuelo de la lámpara! ¡Velaremos!

FER. (Humilde y obediente.) Lo que usted mande. (Lleva nuevamente su silla debajo de la lámpara.)

ELENA (Sentándose otra vez en la butaca.) ¡Y mañana tendremos un dolor terrible de cabeza!

FER. (Subiéndose en la silla.) ¡Lo tendremos!

ELENA ¿Eh?...

FER. (Quita el pañuelo, y, como por una necesidad largo tiempo contenida, se suena con ansia la nariz. Pero de improviso mientras aún tiene el pañuelo en la nariz, se sobresalta y permanece suspenso escuchando. Se oye, no muy lejano, el ruido de un automóvil al ponerse en marcha.)

ELENA (Poniéndose rápidamente de pie.) ¿Qué ruido es ese?

FER. (Palidece y se sienta en el respaldo de la silla como un mono. El ruido se hace cada vez más fragoroso, acompañado de los indispensables toques de una bocina ronca.)

ELENA ¡No hay duda, es nuestro automóvil! (Corre á la ventana y la abre.)

FER. (Aún sentado en el respaldo, cogiéndose la cabeza con las manos. ¡Ah, ese sinvergüenza se ha emborrachado!

ELENA (Llamando.) ¡Fritz! ¡Fritz! (Se oye el ruido retumbante del automóvil que pasa vertiginosamente.)

NOTA BENE.—(Se recomienda la mayor propiedad escénica.)

FER. (Recobrando algo de valor y levantandose de pie en la silla.) No ha contestado... no es él...

ELENA (Volviéndose á Fernando, con ceño adusto gritándole en su cara.) ¡Sí, es Fritz! ¿Luego era una ficción la avería del motor?

FER. (Bajando de la silla y tratando aún de agarrarse á una tabla de salvación.) ¡Indudablemente! ¡Una

mentira á la que ha recurrido ese animal para emborracharse!

ELENA (Culminándole con la mirada.) ¡No! ¡Ha sido una comedia vulgar, *organizada por usted*, con su complicidad, para cogerme en esta trampa; para tenderme el más vil de los engaños! ¡Lo que ha hecho usted, es indigno de un caballero!

FER. (Algo tímido, pero sin perder su tranquilidad.) Desde su punto de vista, no le falta razón. Pero, si reflexiona usted fríamente, encontrará usted en ello... una delicadeza nada común.

ELENA ¿Una delicadeza?

FER. Déjeme hablar... Convengamos que una celada de este género no tiene por objeto una agresión, y menos una coacción. Si acaso una tentativa y, probablemente una tentación. Si la mujer codiciada quiere, sobre todo, salvar su decoro en presencia del hombre que la adora, el lazo constituye para ella un pretexto admirable para declararse vencida sin transigir y sin ruborizarse. ¡Y el hecho mismo de haber caído en una emboscada será una satisfactoria justificación en lo porvenir y la suministrará un motivo legítimo para salvar su decoro!

ELENA (Algo turbada y seria.) No tiene usted derecho para creerme dispuesta á aprovechar justificaciones y pretextos tan desleales. Y si he cometido la imprudencia de acceder á realizar con usted un viaje en automóvil, esta imprudencia ha sido también una prueba de lealtad. Y con ello le he demostrado mis simpatías, á las que usted corresponde indignamente.

FER. (Acalorándose.) ¡No es cierto! ¡Es que cada día la quiero á usted más y corro tras usted como hacia un imán fantástico, del cual, cuanto más me siento atraído, tanto más me siento alejado y el ansia frenética de alcanzarla me hace cometer las más desvariadas y las más extravagantes tonterías! ¡Me ha vuelto usted loco! (Una pausa.)

ELENA (Muy tranquila, sentándose.) La única tontería que no sería ofensiva para mí es la que no se le ha ocurrido á usted nunca.

FER. (Permanece un instante dudoso, nervioso; estremeciéndose después, como ocurriéndosele una idea novísima y anormal.) ¿Casarme con usted?

ELENA ¡Lo dice usted en una forma como si fuera la cosa más rara que ha dicho en su vida!

FER. ¡Es probable! Pero, si el matrimonio fuese la condición *sine qua non*, no habría por mi parte ninguna dificultad... ¡Me casaría con usted, no una, cien veces!

ELENA Basta con una.

FER. Si usted quisiera...

ELENA Tiene usted que comenzar por querer. ¿Pretende usted acaso que yo le pida su blanca mano?

FER. Me ahorraría usted así un escrúpulo de conciencia, porque estoy persuadido que le hago un flaco servicio si me caso con usted.

ELENA Lo creo. ¡Pero, sólo cuando los hombres se casan es cuando las mujeres nos permitimos el lujo de creernos amadas, porque el sacrificio que realizan al casarse es el mayor de los sacrificios que realizan por nosotras!

FER. (Con gesto y con el tono de una dolorosa abnegación heróica.) ¡Tiene usted razón! ¡Me casaré con usted!

ELENA Parece usted un mártir cristiano ..

FER. Que espera la beatificación.

ELENA (Levantándose alegremente.) ¡Garantizada hasta dentro de tres meses!

FER. (Con espanto.) ¿Tres meses junto á usted en funciones de futuro marido?

ELENA El plazo mínimo posible para preparar un matrimonio como es debido.

FER. ¡Dios mío! ¿Y en esos tres meses, *qué haré?*

ELENA ¡Tomar baños calientes! (Después, cambiando con vivacidad.) ¡Ahora ánimo y valor, mi simpático prometido! (Cogiendo su sombrero.) ¡Y marchemos á Nápoles y hacia la felicidad!

FER. ¿A pie?

ELENA No, en automóvil.

FER. ¡Con la borrachera del *chauffeur*, el automóvil á estas horas estará á treinta kilómetros de aquí!

ELENA (Arreglándose y prendiéndose el sombrero.) El automóvil nos espera á la entrada del pueblo. Fritz tiene ya instrucciones.

FER. ¿Usted se lo ha ordenado?

ELENA Sí, después de arrancarle su secreto.

FER. (Con un salto de asombro.) ¡Ah, traidor! ¿Y para qué se ha molestado usted en ocultarme que lo sabía todo?

ELENA ¡Para ver con mis propios ojos hasta qué punto llevaba su atrevimiento! ¡Comedia por comedia, engaño por engaño!

FER. (Lleno de espanto y por la urgencia de escapar de ulteriores burlas, la entrega el guardapolvo.) ¡Vámonos! ¡Si permanezco un minuto más en este cuarto, me parecerá haber hecho el papel del más inexperto de los topos!

ELENA (Soltando una gran carcajada.) ¡Ja, ja, ja! ¡Qué alegría!

FER. (Ayudándola á ponerse el guardapolvo.) ¡Ya veo que se ha divertido usted á su placer, pero dentro de tres meses comenzaré yo á divertirme!

ELENA ¡Lo celebraré!

FER. (Poniéndose enérgicamente en la cabeza su gorra, recogiendo con la misma rapidez su bastón, su guardapolvo, los dos «necéssaires» y abriendo la puerta del foro.) Vámonos, vámonos...

ELENA (Continúa riendo sin cesar, y cuando él se halla en el dintel, le dice:) ¡No! ¡Un momento!...

FER. (Como asustado, retrocede y se detiene cerca de la puerta.) ¿Qué? (Breve pausa.)

ELENA (Despacio, irónica.) Se olvida usted que la puerta de la posada está cerrada... y que usted... *no tiene la llave.*

FER. (Mortificadísimo por tener que confesar una impostura más, se aturrulla de nuevo.) Naturalmente, no la tengo; pero..

ELENA (Imitándole.) Pero...

FER. ... Se podría ..

ELENA ¿... Se podría?...

FER. ¡... Quién sabe!...

ELENA ¿... Quién sabe?...

FER. ... Se podría...

ELENA ... Se podría... (Acercándose con mucha cachaza al tocador.) Se podría .. hallarla... por ejemplo... bajo la toalla de este tocador. (Mete la mano bajo la toalla y saca la llave grande y la levanta en alto. A Fernando, triunfante.) ¡Mírela usted!

FER. (Atónito, moviendo la cabeza como un fantoche, hace reiterados gestos afirmativos.)

ELENA Miente usted tanto que cuando, por casualidad, dice usted una verdad.. se turba. (Con la misma cachaza se dirige hacia la puerta del foro, pasa delante de Fernando y hace solemnemente un gesto cómico de mando, teniendo siempre en alto la llave que casi le toca la punta de la nariz.) ¡Sígame, topo! (Vase rápidamente hacia la derecha del corredor.)

FER. (Levantando las manos en alto con todos los objetos en acto de cómica desesperación y avanzando impetuosamente al público como para desahogarse.) ¡No he acertado ni una vez siquiera!

ESCENA ULTIMA

FERNANDO y la POSADERA

POS. (Mientras tanto, viniendo de la izquierda del corredor ha entrado de pronto por la puerta del foro con sus pasitos más veloces que de costumbre, con sus gestos japoneses, se encuentra precisamente á espaldas de él, y al oir la imprecación en el tono más agudo de su vocecita de cabeza, le grita detrás.) ¡Comprendido, comprendido!

FER. (Gritando furioso.) ¡Váyase usted al demonio! (Vase foro precipitadamente.)

POS. (Siguiéndole presurosa mientras cae el telón.) ¡Comprendido, comprendido! ¡Buena suerte, buena suerte!... (Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

Una alegre cámara nupcial en la que campea una elegancia juvenil y agradable. La tapicería de tonos claros y luminosos que parecen más alegres aún por los rayos del sol. Los muebles son de pequeñas dimensiones, sencillos y coquetones. Entre ellos un tocador. Las flores y los bibelots adornan y perfuman aquel ambiente y aumentan la simpática impresión del cuarto.

Ei lecho nupcial está en una alcoba que se abre en la pared del foro. Una puerta en la pared de la izquierda y una ventana grande á la derecha.

ESCENA UNICA

FERNANDO y ELENA

FER. (Con una maletita, entra apresuradamente, precediendo á Elena.) ¡Entra, entra, esposa mía!... (Deja caer en una silla su sombrero y la maleta y se vuelve hacia ella.) ¿Te agrada nuestro nido?

ELENA (En toilette sobria y elegantísima, entra radiante de alegría. Su voz argentina vibra de felicidad.) ¡Qué hotel tan precioso! ¡Una casa encantadora! ¡Mi sueño! ¡Mi ideal!

FER. He procurado interpretar tus gustos, anticipándome á tus deseos.

ELENA ¡Te lo agradezco en el alma!

FER. Y, sobre todo, no he olvidado las palabras

que tantas veces me has dicho: «Deseo un verdadero nido de amor, deseo tener la impresión de una nueva vida que comienza.» Como ves, todo sonríe aquí, todo es juvenil. Quizás, bastante más joven que yo; pero no tanto como tú.

ELENA No tanto como yo, porque hace una hora he dejado en las gradas del altar una docena de años. Cuando aquel simpático viejecito ha bendecido nuestra unión me he sentido rejuvenecida.

FER. (Entusiasmado.) ¡Yo he experimentado igual sensación!

ELENA Y he vuelto á hallar en mí toda la pureza de otro tiempo. Nada más amoldado á mi estado de ánimo que el ambiente de esta habitación encantadora con sus colores tenues, llena de aire, llena de luz...

FER. (Abriendo la ventana.) Y á orillas del mar. ¡Mira!

ELENA (Mirando.) ¡Qué hermosura!

FER. Las sirenas te saludarán todas las mañanas desde sus lechos de algas...

ELENA Y me envidiarán por tener un marido. (Ambos se apartan de la ventana.)

FER. Te envidiarán por haber sabido transformar en marido... á un empedernido solterón como yo.

ELENA (Con delicada pillería.) ¡Ay, mi trabajo me ha costado!

FER. Pero has realizado el milagro, y ya estamos en el más legítimo de los domicilios conyugales.

ELENA (Con un suspiro de satisfacción, quitándose los guantes y el sombrero.) ¿Qué diferencia con la posada de aquella noche famosa? Allí me tomaste por otra.

FER. Reconocerás, sin embargo, que nunca vacilé en darte la preferencia.

ELENA Aquí no hay peligro de engaños, ni emboscadas...

FER. Ni siquiera de que me plantes de patitas en la puerta.

ELENA ¡No!... (Con reticencia, ruborizándose.) Ahora, á lo sumo... con la mayor cortesía... me atrevería á rogarte...

FER. ¡Te advierto que por ninguna razón del mundo saldré de este cuarto!

ELENA Unos minutos nada más... Tú mismo me lo agradecerás después.

FER. ¡Si no me dices por qué, es inútil! ¡Me niego en absoluto á ese capricho!

ELENA ¡Haces mal! ¡Tanto como yo te lo agradecería! (Se sienta enfadada. Pausa.)

FER. (Acercándose á ella y acariciándola con reprimido cariño.) ¡Un poco de lógica, Elena mía! ¡Un poco de buen sentido! Soy el pobre sediento que está para llegar á la fuente después de una larga caminata bajo un sol ardiente, y ¿quieres que me detenga?

ELENA (Levantándose y apartándose de él, con gracia.) ¡Jamás comprenderás nada!

FER. (Reteniéndola de una mano.) Pero, ¿qué significa...?

ELENA (Huyendo de él, como asustada.) ¡No, Fernando!... ¡Espera!... ¡Espera!...

FER. (Riendo, nervioso.) ¡Mira, es inútil que trates de huir!...

ELENA (Ocultándose trás el tocador.) Te lo ruego .. ¡Tengo aun que decirte tantas cosas!... ¡Tantas...!

FER. (Impaciente.) ¡Ya me las dirás! (Con ímpetu de fastidio.) ¡Si todas las mujeres fuesen como tú, no habría nada más mortificante que haber nacido hombre!

ELENA (Dejándose caer en una silla con una especie de angustia infantil.) ¡Eres mi marido, pero me demuestras claramente que de tu mujer no quieres hacer sino tu amante!

FER. ¡Y debías admirarme! Cuando otros toman por amante á la mujer ajena, yo elijo por amante á la propia... ¡Represento una noble excepción!

ELENA ¡Y yo, tonta, que tanto he combatido para ser amada por ti *como se debe de ser!* (Con desdén.) ¡Está bien! Hubiera querido que hoy me conocieses completamente, hoy que soy tuya... (Aquí la actriz deberá mostrar graciosamente al público que comienza una ficción; y también en lo sucesivo y de vez en cuando y en los momentos oportunos, deberá significar, con algún guiño de ojos, vuelta á los espectadores, que se complace en su ingenioso artificio. Asume, pues, un aire doloroso, y dirigién-

dose á él con énfasis de compasión.) ¡Acuérdate siempre... que me has impedido escuchar la voz de mi conciencia!

FER. (Titubeando.) ¿Qué tiene que ver la voz de tu conciencia?

ELENA (Con aplomo y convicción.) ¡Mucho! ¡No soy cínica! ¡Me apena que vivas tan engañado respecto á mí. (En tono sumamente doloroso.) ¿Qué sabes, pobre Fernando, de mi pasado? ¿Qué sabes de él?... Los informes que obtuviste cuando me hacías la corte eran tan vagos...

FER. (Extrañamante impresionado.) Creo que no haya ninguna mancha en tu pasado.

ELENA Una mancha, no; pero... (Inclina la cabeza compungida.)

FER. ¿Por qué bajas la frente? (Se levanta y se aproxima á ella mirándola fijamente.)

ELENA No divagues. Podrías sospechar algo peor.

FER. Habla en seguida.

ELENA ¡Te lo diré otro día!

FER. (Austero y enérgico.) ¡No, no, querida Elena! ¡Quiero librarme de una duda cruel lo más pronto posible! ¿Por qué eran insuficientes mis informes? ¡Habla! (Se sienta junto á ella.) Supe, en resumen, que eras viuda y que tu marido te había librado *motu proprio* de su presencia. Añade lo que tengas que añadir y rectifica lo que tengas que rectificar.

ELENA (Completamente confusa y atemorizada.) Yo... era viuda... sí... pero... algo menos viuda de lo que creíste.

FER. (Asombrado, creyendo no haber comprendido bien.) ¿Algo menos viuda? ¿Qué diantres quieres decir?

ELENA Me expreso como puedo... Compadéceme... Son confesiones muy difíciles de hacer.

FER. ¡Si yo he visto con mis propios ojos el acta de defunción de tu marido! ¿Era el acta falsa?

ELENA No.

FER. ¿Era falso el marido?

ELENA Tampoco.

FER. ¿Luego eres completamente viuda? La viuda es una mujer cuyo marido ha muerto. ¡En esto no cabe duda!

ELENA (Con aspecto de penitente en confesión.) Para el Registro civil, así es; pero según mi conciencia...

FER. ¡Y dale con la conciencia!

ELENA (Buscando y truncando las palabras.) Cuando una viuda... no se resigna... al vacío de su vida...

FER. ¿No te resignaste...?!

ELENA No podía.

FER. ¿Y qué hiciste?!

ELENA Lo colmé...

FER. ¿Con qué?!

ELENA Lo colmé con...

FER. (Apremiándola.) ¿Con un amante...?!

ELENA No.

FER. Vaya... me tranquilizo.

ELENA Con dos amantes.

FER. (Poniéndose de pie: con furor.) ¿Luego has tenido dos amantes y conmigo te las echabas de Lucrecia romana ó de casta Susana?!

ELENA A ti te quería para marido.

FER. ¿Y has esperado á ser mi mujer para decirme lo que el más elemental de los deberes te imponía confesarme, al menos cuando te pedí tu mauo?

ELENA Mi confesión te hubiese hecho renunciar á la boda y jamás me hubiera consolado.

FER. ¡No trates de justificarte...! ¡Me has engañado miserablemente desde el primer momento, y quizás me engañas todavía! Dime, ¿cuántos fueron en realidad tus amantes?

ELENA ¡Dos!... ¡Nada más que dos!

FER. (Con severidad imperiosa.) ¡Júramelo!

ELENA (Se apresura á ponerse una mano en el pecho con la solemnidad del juramento.) ¡Lo juro!

FER. ¿Quién fué el primero? ¿Quién fué el segundo? ¿Quienes eran? ¿Qué profesión tenían? ¡Quiero saberlo todo...! ¡Habla!

ELENA (Con voz trémula.) El primero fué... fué...

FER. ¿Un médico? ¿Un banquero? ¿Un abogado? ¿Un militar?

ELENA (Rápidamente.) Un militar.

FER. (Irónico y con furor reprimido.) ¡Ah...! ¡Un teniente!

ELENA No... Es decir... No recuerdo si era teniente ó capitán.

FER. ¿Que no recuerdas el grado de un hombre que ha sido tu amante?

ELENA No recuerdo bien...

FER. (Con creciente austeridad.) ¡Dime su nombre!

ELENA ¡Eso no! ¿Quieres que comprometa á un oficial del Ejército? ¡Sería una indignidad!

FER. Bueno... ¿Pero, cómo era...? ¿Qué figura tenía...?

ELENA (Con mezcla de pudibunda contrición y de vaga complacencia.) ¡Una hermosa figura! Alto, imponente... marcial...

FER. ¡Qué infamia!

ELENA No es culpa mía si era marcial... Pertenecía á la Escolta Real. No podía ser chiquitín.

FER. (Con una sonrisa de rabioso desprecio.) ¡Me parece estar viendo ya á ese soldadote!... Dos metros de altura...

ELENA (Con dulce gesto análogo.) Sí, poco más ó menos...

FER. Un tórax cuadrado...

ELENA (Con dulce gesto análogo.) Sí, cuadrado como un armario...

FER. Dos enormes guías hirsutas...

ELENA Que parecían dos limpiatubos...

FER. ¡Y un pelo más hirsuto aún que el bigote!

ELENA ¡No! ¡Eso no! Cabello, ninguno.

FER. (Asombrado.) ¿Era calvo?

ELENA (Indicando la forma del cráneo.) ¡Como la cáscara de un huevo!

FER. (Furibundo.) ¿Y cómo pudiste elegir por amante á semejante tipo?

ELENA (Con extrema humildad, pero con un gesto que indica algo á Fernando.) Las pobres mujeres solo podemos elegir entre los hombres que nos distinguen...

FER. ¡Basta ya! (Con agitación interior. Tiembla de cólera. Tirándose del nudo de la corbata.) ¡Hablemos del segundo amante!

ELENA (Con temor.) Un tipo completamente diferente. (Bajando la palma de la mano gradualmente al suelo.) Pequeño... pequeñito... sumamente pequeñín...

FER. ¿Un enano?

ELENA Poco más.

FER. (Refunfuñando entre dientes.) ¿A qué arma pertenecía?

ELENA No. El segundo fué un paisano. Era... diputado ministerial.

FER. (Prorrumpiendo en una carcajada nerviosa y escandalosa.) ¡Ja, ja, ja!... ¡Un bebé de la mayoría! ¡Eso me divierte mucho!

ELENA ¿Por qué?

FER. ¡Esos niños zangolotinos son graciosísimos! (Continúa riendo á carcajadas.) ¡Ja, ja ..! ¡Espero me dirás el nombre del diputado que desbancó al militar, porque deseo darle un disgusto!

ELENA (Como ante un peligro.) ¡Estaba loca!

FER. ¡Me voy á dar el gustazo de reirme en su propia cara!

ELENA ¡Por caridad! ¡Un hombre que el día menos pensado será ministro!

FER. (Excitándose.) ¿También me ocultas el nombre del diputado? ¡Pues te advierto que sabré quién es ese representante liliputiense de la voluntad nacional! ¡Le buscaré entre los diputados raquíticos!

ELENA Podrías equivocarte... ¡Hay tantos!

FER. ¡Daré con él! ¡Ya lo verás! (Interrogando aún violentamente.) ¿A qué grupo pertenecía de la mayoría?

ELENA Lo ignoro.

FER. (Gritándole en su cara.) ¿En qué parte se sentaba del Congreso?

ELENA (Temblando.) Apenas asistía á las sesiones.

FER. Estaba constantemente pegado á tus faldas, ¿verdad?

ELENA Sí...

FER. (Gritando como un condenado.) ¡Qué imbécil debe de ser!

ELENA (Levantándose y retrocediendo.) ¡Fernando mío, es demasiado...! ¡Me das miedo... Esperaba que me riñeras por algunos episodios de mi pasado... pero nunca hubiera podido imaginar que llegaras hasta ese punto. ¿Qué tiene que ver eso con nuestro matrimonio? Hoy te quiero más que nunca y estoy aquí por ti, solo por tu amor, toda para ti...

FER. (En el colmo de la ira.) ¡Los pasados episodios de tu existencia hacen de ti una de esas mujeres que en la vida me preocupé de tomar en serio! ¡Nuestro matrimonio tiene por base la falsedad; tiene por base el engaño, tiene por base el fraude! ¡Yo lo considero nulo y

declaro que desde este momento quedamos desligados en absoluto el uno del otro!

ELENA (En tono de triste y dolorosa sumisión.) Ya que me hablas con la dureza de un juez inexorable, no osaré ciertamente replicar. Se hará lo que dispongas.

FER. ¡Todo ha acabado entre nosotros!....

ELENA (Con acento lloroso.) ...Antes de comenzar...

FER. (Enérgico.) ¡Y nos separaremos!...

ELENA (Tratando de contener las lágrimas y los sollozos.) Antes de unirnos...

FER. (Transición.) Sería pueril, recurrir á los Tribunales para anular un matrimonio que ha durado media hora...

ELENA Y que no ha tenido ninguna consecuencia.

FER. Nos separaremos, como suele decirse, tranquila y amigablemente.

ELENA (Prorrumpiendo en sollozos y llevándose el pañuelo á los ojos.) Sí, y alegremente...

FER. Puedes quedarte en esta casa. La ley te da derecho... Pero yo me voy ahora mismo... Tus lágrimas no me detendrán... Me agradan las resoluciones enérgicas y claras. La que hoy me ofreces... de colmar el vacío dejado por mis predecesores... sería todo lo contrario! (Secamente.) ¡Adiós! (Coge el sombrero y se dirige apresuradamente hacia la puerta.)

ELENA (Alcanzándole y sujetándole por un brazo.) ¡No huyas de mí como del diablo!

FER. ¡Nada más tenemos que hablar!

ELENA Antes de separarnos para siempre... deseo pedirte un pequeño favor... Espero que no me lo negarás... Se trata de una insignificancia...
(Pausa.)

FER. (Con reservada dignidad.) Si se... trata verdaderamente de una insignificancia... habla...

ELENA (Va despacio y coge la maletita que Fernando había dejado en un rincón y, lentamente, aproximándose á él, se la entrega.) Abrela.

FER. (Mirando á Elena con asombro.) ¿Es ese el favor que deseas?

ELENA Sí.

FER. (Indicando la maleta.) Me recomendaste esta mañana que no la abriera...

ELENA Y ahora, te ruego, precisamente, lo contrario.

FER. Bueno. (Encogiéndose de hombros.) La abriré... (Se hace cargo de la maletita. La coloca sobre una silla del centro de la habitación, y, con cierta ansiedad, la abre. Al abrirla se sobresalta.)

ELENA Fíjate bien en lo que contiene.

FER. (Sacando la ropa poco á poco.) ¡Un traje blanco!... ¡Un velo blanco!... ¡¡Un ramo de flores de azahar!!! ¿Toda la *toilette* nupcial de una joven?

ELENA ¡Sí!

FER. ¿Qué significa esto?

ELENA (Con delicada dulzura y sincera turbación.) No podía adornarme oficialmente con los símbolos de la pureza, pero había pensado en darte una sorpresa... Esperaba que al llegar á nuestra casita, á nuestro nido de amor, conseguiría alejarte algunos minutos, el tiempo indispensable para vestirme... así...

FER. ¿Y hubieras tenido el descaro?...

ELENA ¡No, Fernando! ¡No!

FER. ¿Cómo que *no*?

ELENA (Sonriente.) ¡No, y mil veces no! (Breve pausa. Apoya las manos en el respaldo de la silla en que se halla la maleta y comienza:) ¿Has leído alguna vez en cualquier novela antigua la historia de un marido que se ve obligado á separarse de su esposa después de haberla... únicamente acompañado á casa? La fantasía del novelista para justificar esta separación conyugal, ha tenido que recurrir á una improrrogable partida para la guerra, á deberes hacia la Patria... El enemigo se aproxima, las campanas tocan á rebato... Y la esposa no vuelve á ver á su marido y queda... inconsolable. Es viuda, sin haber sido más que un momento casada. En la vida real, ocurren hechos semejantes, sin la improrrogable partida para la guerra. Me casé por poderes, al verme huérfana y sola, con un hombre á quien quería. Marché á la Argentina, donde habitaba mi marido y al llegar á Rosario de Santa Fe, hallé, en vez de un esposo amante, un cadáver viviente, abrasado por la fiebre. Le cuidé con fraternal solicitud, pasé un mes entero día y noche á su cabecera luchando con la muerte... Los mé-

dicos no daban esperanza alguna, y mi pobre Eduardo, enloquecido por la calentura, se suicidó, sin que pudiéramos evitarlo. No fué una boda, sino un duelo.

FER. (Escuchando con estupor.) ¿Es posible?...

ELENA (Con un suspiro.) ¡Y tan posible!

FER. (Interrumpiendo.) ¡Si yo me encuentro en su caso, me suicido el día primero!

ELENA (Continuando.) Y por eso y aunque en el registro civil declaré que era viuda, sólo dije una mentira más.

FER. (Atónito, desorientado.) ¡Lo que me cuentas es extraordinario, emocionante!... ¿Por qué no me lo has dicho hasta hoy?

ELENA (Ruborosa, bajando los ojos.) Porque no podía confesártelo. (Con gracia púdica.) Hoy no dudarás de mí.

FER. (Intentando, en vano, recapacitar.) ¿Pero... quieres volverme loco? ¿Y tus amantes? ¿Fueron también hermanos para ti?

ELENA Menos aún, los he inventado yo.

FER. (Siempre más atónito, turbado.) ¿Y quién me garantiza que no sea también esa una mentira?

ELENA Al probarte que no he tenido marido, te demostraré que tampoco he tenido amantes.

FER. (Con un vivo sobresalto de alegría.) ¡Sí!... (Acalorándose ante el pensamiento de la inconcebible rareza.) ¿Luego te has calumniado por capricho?... ¿Por antojo?... ¿Por sport?...

ELENA ¡No, Fernando; me he calumniado para someterte á un experimento decisivo, que ha superado á todas mis esperanzas! ¡Eres un chiquillo! El amor de un hombre que está celoso del pasado de una mujer hasta el punto de no sabérselo perdonar, puede ser el amor de un egoista, pero seguramente no es el amor vulgar que te inspiré cuando me conociste. (Exaltándose gozosa) Hoy día me quieres mejor y cada vez más... ¡Y esa es mi obra!.. ¡Tu amor se eleva, se ennoblece, se purifica, se perfecciona y será, en breve, el amor que tanto he anhelado en ti! (Apoyándose en él cariñosa.) Ahora, puedo confesártelo por fin, con todo mi corazón, con toda mi alma, con todo el entusiasmo de una esposa enamorada: ¡Te adoro, Fernando!

FER. (Entre perplejo y gozoso.) ¡Querida, querida Elena'... ¡No he experimentado en mi vida lo que experimento en este instante!... ¡Una emoción tan nueva, tan extraña! (Como preso de un ligero desvanecimiento, se deja caer sentado sobre una silla. Es necesario que la silla se encuentre en este momento precisamente á espaldas de él.) Me parece... que me he convertido en otro hombre completamente diferente del que he sido hasta hoy ..

ELENA (Con amoroso y tierno acento de exhortación.) ¿Luego?...

FER. (Acercándose á ella gradual y tímidamente.) Ahora no soy como antes. Era un audaz, y ahora... soy un tímido. ¿Me preguntas por qué?... Porque es el amor que has deseado tanto de mí... Es el amor que solamente la pureza de una mujer puede despertar... (Sin haber logrado aún vencer toda la emoción que le invade, la rodea con los brazos, estrechándola delicadamente.) ¡Porque es el amor perfecto!

ELENA (Abandonándose á él poco á poco con los ojos medio cerrados.) ¡Tienes razón! ¡Tienes razón!... ¡Es el perfecto amor! (Telón.)

FIN DE LA COMEDIA

☛ Impreso como manuscrito, para el servicio de las Compañías.